



LA FUENTE DEL DIOS SOL

En el antiguo antiguo Cuzco, es decir, en sus comienzos, la famosa Casa del Sol era todavía un edificio muy pequeño y casi sin atributos. Los pobladores, que adoraban al sol como su principal dios, hacían ofrendas en este santuario que, a decir de todos, estaba muy descuidado. Era casi un secreto a voces que al dios no le gustaba nada el estado de su templo y consideraba que no era un homenaje digno para una deidad de su importancia.

Si bien el templo se encontraba en el corazón de la ciudad, en la plaza principal, estaba armado al tum tum, a las apuradas, como quien no quiere la cosa. Y sí, si lo pudiéramos ver ahora, notaríamos que era un modesto edificio de piedra, con un techo de paja y alguna que otra pintura que hacía de mural y representaba al sol y también a otros dioses. No tenía ni estatuas, ni adornos de oro, ni pasadizos... apenas una silla de madera para que se sienten unos pocos.

Se sabe por los más antiguos que el interior de aquel santuario había un altar en el centro, donde se colocaban las ofrendas. También había un pequeño fuego que se mantenía encendido día y noche. Aunque era un fueguito muy modesto, algo era algo. Igualmente, los devotos acudían siempre para dejar cualquier tipo regalos, como alimentos, bebidas, algo de ropa y algunas veces alguna pepita de oro.

Los sacerdotes evitaban hacer sus ceremonias allí porque el lugar no los dejaba conectarse con el dios. Además, como ellos eran los encargados de transmitir sus mensajes al pueblo, un día advirtieron a los soberanos de ese entonces, el gran Viracocha Inca, que la sequía y la falta de buenas cosechas se debía a la falta de atención al santuario. Pero el monarca estaba tan preocupado por otros temas que no pudo prestarle atención a los reclamos de los religiosos.

Y así andaba el imperio, medio para la mona, sufriendo penurias, hasta que un buen día caluroso de verano, el inca Yupanqui, es decir el hijo de Viracocha, tuvo una revelación que lo cambiaría todo. El príncipe cabalgaba por el camino real acompañado de su guardia de honor. Iba a Sacsayhuamán, capital del imperio, a

visitar a su padre. Pero tuvo que hacer un alto para saciar su sed en la fuente de agua de Susurpuquio. Cuando se estaba acercando, escuchó un extraño susurro. Al oírlo, se detuvo y miró a su alrededor.

No vio nada: el camino estaba desierto y la fuente rodeada de árboles frondosos. De repente, volvió a escuchar el susurro. Era más fuerte esta vez. Entonces, el soberano se acercó a la fuente y se inclinó para escuchar. Y ahí el susurro se convirtió en una voz que le dijo:

—Inca Yupanqui, escucha atentamente mi mensaje...

Yupanqui se sorprendió. Levantó la cabeza y miró a la fuente. En el agua, vio la figura de un hombre al que le cruzaba la cara tres rayos solares alrededor de la cabeza. En los brazos llevaba enroscadas culebras de oro y, en la cabeza, un hermosísimo llautu de plumas de todos colores. En los costados de las piernas se veían dos cabezas de león.

Yupanqui se asustó porque pensó que era un espíritu maligno. Pero no, era un hombre que tenía en su la cara la expresión de alguien muy sabio y bondadoso. La voz volvió a hablar:

—¡No tengas miedo, soy el dios del Sol! —dijo la figura—. He venido a este lugar para brindar a tu pueblo tesoros y sabiduría.

Pero Yupanqui se sorprendió aún más. No podía creer que el dios del Sol se hubiese dignado a hablarle... justo a él que, aunque príncipe, era un pobre mortal. La voz de la fuente continuó manifestándose ante el cada vez más azorado príncipe:

—Hijo mío, pronto serás el gran señor de tu pueblo. Y, cuando la dicha te corone, deberás edificar un templo en mi honor, que será el más grande de todo el imperio. Solo así se sortearán las hambrunas y vendrá la prosperidad en tu reinado.

Yupanqui quedó pensativo con la cabeza explotada de preguntas. No sabía qué pensar de lo sucedido. Rápidamente le indicó a su guardia que lo acompañara y



cabalgó por la carretera hasta Sacsayhuamán para ver a su padre y contarle lo que le había ocurrido. El inca Viracocha escuchó con atención. Cuando Yupanqui terminó de hablar, Viracocha lo miró seriamente y le dijo:

—Hijo: has recibido un mensaje de la boca del mismísimo dios del Sol. Y lo que te ha dicho, ni más ni menos, es que tú serás el próximo gran señor de nuestro pueblo. Y que edificarás un templo en su honor, que será el más grande de todo el imperio. Algo en lo que yo no pude complacerlo... Y que espero me perdone... Pero, según sus palabras, eso será el fin de nuestras penurias y el comienzo de nuestra prosperidad.

Yupanqui se sintió abrumado, sin palabras, no sabía qué decir o hacer. Rauda, salió del palacio de su padre y fue corriendo hasta la punta del cerro más alto del valle. Quería estar solo con la naturaleza y durante un largo rato para pensar. Y permaneció así: inmóvil, pensando en el mensaje recibido. "Seré el gran señor de mi pueblo —se dijo asimismo—, pero primero tendré que edificar un templo en su honor... ¿Cómo hago? No sé nada de nada sobre construcción de templos..."

No todo era tan fácil en aquellos tiempos... Para hacer un templo como el que el dios del sol requería se necesitaba mucho, mucho esfuerzo. No se podía ir al supermercado y decir muy suelto de cuerpo "deme un templo al dios Sol". Así que Yupanqui se iluminó y bajó rápido del cerro para buscar al más capacitado ingeniero constructor del reino que casualmente había sido su amigo en la infancia. Se presentó en su casa y le exigió que inmediatamente diseñara el mejor templo que se haya hecho en toda la historia del mundo. Porque así lo pedía el mismísimo dios sol.

El constructor imaginó un templo magnífico y convocó a los mejores escultores, artesanos, orfebres y a todo tipo de ingenieros para que participaran de lo que sería una obra inmortal, admirada por todas las generaciones venideras. Como el nuevo templo iba a ser erigido en la cumbre de un gran cerro en el que el sol, prácticamente, estaba todo el día, hubo que juntar miles de hombres para que pudieran llevar las piedras, las maderas y los metales hasta tan arriba.



Pasaron décadas hasta que el templo pudo terminarse. Hubo que utilizar rocas de los más remotos volcanes; rocas de un color gris oscuro, labradas y pulidas para resistan las más duras inclemencias ambientales. Hubo que diseñar puertas y ventanas de forma trapezoidal para que el sol pudiera colar su luz y enviar mensajes. El piso fue cubierto con arcilla rojiza traída de Iguazú y el techo fue cubierto con paja de la punta del cerro Aconcagua, la que mejor resistía los insectos y el agua de las lluvias. Además, un sistema de fuentes de agua y de canales regaban los jardines del santuario. En fin, una verdadera maravilla de la ingeniería.

Pero mientras la construcción finalizaba, Viracocha dejó la vida para siempre. Yupanqui, totalmente devastado y triste por la muerte de su padre, dispuso por orden real— ahora era el rey— que el santuario albergara también al Templo de la Luna, con su estatua hecha íntegramente de plata. Que estuviera el Templo de las Estrellas, donde se veneraba a los planetas y, para coronar, el Templo del Rayo, donde siempre había una llama encendida en su honor. Pues esos eran los dioses favoritos de su fallecido padre. Las paredes exteriores estaban cubiertas con planchas de oro y desembocaban a un jardín con estatuas de oro de llamas, de cosechas de maíz y de algunos reyes célebres.

Cuando Yupanqui se convirtió en rey, terminó el templo con una estatua del dios del Sol, totalmente confeccionada en oro y piedras preciosas, tal como vio su imagen reflejada en la fuente. La escultura se convirtió en el símbolo de la bonanza inca. El templo se llamó Coricancha, que significa “patio de oro”.